

Una fiesta-espectáculo

# EL PUNK EN MADRID

EDUARDO HARO IBARS

**E**L Centro Norte es un conjunto de locales comerciales, bares y oficinas situado en las proximidades de la estación de Chamartín. En él hay un bar musical, El Escalón, que lleva camino de convertirse en uno de los lugares de reunión más importantes de la modernidad madrileña. Y es en este bar donde la firma Ariola pensó celebrar una fiesta punk, con el fin de presentar al público sus discos de este estilo de rock. Puede decirse que han sido precisamente ellos los introductores en España de este tipo de música, ya que empezaron sacando los discos de Dr. Feelgood, grupo inmediato precursor del punk.

Ya he dicho en otra ocasión lo que pensaba del movimiento punk. Lo que me interesa aquí es contar la forma con que se ha manifestado en Madrid: de una forma a la vez espectacular y comercial depuradísima, con menor recato aún que el que reviste en

Inglatera. Recato, digo, en cuanto a lo que se refiere a la potenciación comercial de varios grupos de rock, considerados como una simple materia prima industrial para la fabricación de discos. La fiesta del otro día estaba expresamente pensada para esto, se notaba mucho, y además la gente de Ariola tenía el buen gusto de no disimularlo en absoluto y de presentar el asunto como una forma de unir lo útil a lo agradable: se divertían mientras hacían negocio.

Y, desde luego, se divertieron. En el local —demasiado pequeño para la cantidad de gente que tuvo que albergar y desgraciadamente sin pista de baile— estaba lleno por toda la aristocracia del mundo del rock en Madrid. Convenientemente disfrazados todos: se podían ver a gordos ejecutivos, enfundados sus torsos, tripa incluida, en camisetas negras desgarradas y cubiertas de alfileres, imperdibles, cadenas y cruces gamadas;



Ramocín: cuidadoso cultivo de una imagen que ha llegado a ser espontánea y sincera a fuerza de artificio.

**E**l cuidadoso cultivo de una imagen puede llevar a una forma de expresión, tanto más espontánea y sincera cuanto más artificial era en su principio. Este axioma, válido para todas las manifestaciones artísticas, tiene una aplicación especial en el mundo del espectáculo: desde el teatro griego hasta el rock moderno, la "naturalidad" mal entendida no ha producido más que mediocridades.

El cantante madrileño Ramoncín, junto con su conjunto WC, ha conseguido crear una imagen escénica coherente, lo que no es poco. De ahí el que su espectáculo-recital tenga una fuerza que muy pocos conjuntos españoles de rock han conseguido lograr. Ramoncín ha asimilado completamente todos los tópicos que corren sobre las estrellas del rock moderno, desde los gay ya fenecidos hasta esos grupos de extraña catadura que se acogen bajo la etiqueta del punk rock; al hacerlo, ha dado realidad, ha encarnado algo que hasta él no pasaba de ser una leyenda; el rock macarra, el rock madrileño que algunos compañeros míos de crítica se han esforzado en definir, impulsar y promover incluso desde antes de que tuviera existencia real, abandonando el triste papel de críticos para convertirse en narradores de una realidad alternativa, inexistente, casi de ciencia-ficción; labor digna de encomio, pues ha

empezado a dar sus frutos positivos.

¿Cómo es el espectáculo de Ramoncín? Yo lo definiría como la realización del sueño dorado de un fan de rock: convertirse en una estrella, o producirse como tal durante los tres cuartos de hora breves que dura el show. Permitirse el dominio agresivo, el despliegue de poder sobre el público que tienen los cantantes y, al

este mensaje; estoy seguro de que la mayor parte de los asistentes —de una media de edad comprendida entre los dieciséis y los veintidós años— hubiera deseado estar en el escenario, hacer justamente lo que Ramoncín hacía. Desgraciadamente, en este país hay poca experiencia de fiesta, de juego colectivo; pesan sobre nosotros inhibiciones brutales, y el policía que todos llevamos dentro no nos

errores, sus desaciertos. El peso del espectáculo recae, entero, sobre Ramoncín, que es otra cosa. Tiene una voz agudamentosa, que sabe utilizar muy bien: chilla hasta quedarse ronco, comiéndose el micrófono, a la vez que efectúa movimientos agresivos y en dirección al público, y se menea como un orate de un lado a otro del escenario.

Y luego están los textos de sus canciones. Son posiblemente lo mejor que se haya hecho dentro del rock español, desde que Pau Riba —otro gran poeta de la canción— dejó de escribir. "Si Rimbaud hubiera nacido hoy día, sería cantante de rock", dijo en una entrevista David Johanssen, líder del desaparecido grupo New York Dolls. Ramoncín no es Rimbaud, ni se lo propone; sus textos son canciones, textos para ser interpretados en un escenario y con una apoyatura musical, no para ser leídos al amor del fuego. Y esto es, precisamente, lo que les da mayor fuerza: su falta de pretenciosidad, su narración de hechos cotidianos, que ni siquiera tienen el educado barniz del buen decir. La demencia que desprenden es madre de la consciencia: invitan a la reflexión, y son en sí reflexiones de un frío romanticismo sobre el mundo en que vivimos. Su espectáculo es como un circo a la vez trágico y mágico; el circo del rock, el mundo funambólico de la ciudad. ■

## ROMANCIN Y EL CIRCO MAGICO

mismo tiempo, desplegar en el escenario, sin pudor, toda una serie de fantasmas —eróticas, sádicas, de horror y de miseria, pero también de alegría frenética— que son comunes al cantante y a sus espectadores. Llegar a la catarsis personal e impulsar a ella al público. Masturbarse en la soledad del escenario y realizar al mismo tiempo un coito colectivo, comunal, que —una vez superadas las inhibiciones— se convierte en un acto tribal de solidaridad. O, más bien, dar la imagen de todo esto, sin que sea verdad. Es sólo un juego.

El público que, hace unos pocos días, llenaba hasta abarrotarla la discoteca M & M, donde actuaban Ramoncín y WC, era receptivo a

deja actuar libremente. Si no, aquello se hubiera convertido en algo mucho más emocionante: no en una orgía, que no era necesaria, sino en un baile popular, en un espectáculo de participación, donde el cantante y el grupo fuesen —como es su verdadera función— simples elementos catalizadores de un sentimiento de frenesí colectivo.

A niveles de calidad musical, poco hay que decir del grupo WC. No desmerecen en nada de los grupos punk ingleses del momento —Sex Pistols, Eddie and the Hot Rods, Stranglers...—, pero tampoco son mejores, lo que no es decir mucho en su favor; un sonido excesivamente fuerte ayuda a que pasen inadvertidos sus